

Raff, Jeffrey, *Jung y la imaginación alquímica*, Girona: Atalanta, 2022, 326 pp.

Jeffrey Raff es un reputado psicólogo y analista con una dilatada trayectoria como profesional y autor de numerosos estudios de los cuales sólo el presente libro está traducido al español. Estadounidense de nacimiento, viajó a Zúrich en 1972 para estudiar en el Instituto C. G. Jung y formó parte de un grupo de analistas influido especialmente por Marie-Louis von Franz (1915-1998), discípula directa de Carl Gustav Jung (1875-1961).

La obra consta de cinco extensos capítulos más una introducción y una conclusión que, en todo momento, capta el interés del lector, no sólo por el tema, más bien heterodoxo en su análisis, sino por la fuerza de su exposición, siempre brillante, razonada y coherente. Explica desde el comienzo cómo las interpretaciones y análisis sobre la obra de Jung se han orientado siempre hacia su vertiente más clásica, es decir, la referida al estudio del inconsciente y al psicoanálisis. Su propósito, sin embargo, trata de desvelar, explicar e interpretar la dimensión espiritual que encierra la obra del autor suizo y su integración en la “tradicción espiritual”. Para ello, recurre, como método de acercamiento y exégesis al arcano mundo de la alquimia, pues encuentra una correlación simétrica entre el proceso del autoconocimiento que propone Jung y el secular proceso emprendido por los alquimistas a lo largo de la historia. Escribe el autor al respecto: “exploro las imágenes alquímicas para comprender la experiencia interior, y exploro a Jung para comprender las imágenes alquímicas” (p. 15).

Comienza, por tanto, con una exposición cuidadosa y ordenada de los pasos que sigue el proceso de la alquimia clásica, en Paracelso, por ejemplo, que pueden interpretarse como la búsqueda tantas veces nombrada de la piedra filosofal; pero también (y es aquí precisamente donde radica gran parte de su originalidad), en una complementaria interpretación metafórica, como el descubrimiento de nuestro propio interior, de “el sí-mismo” que mencionaba Jung, del centro de nuestra personalidad, que estaría en el centro de nuestro conocimiento y poder personal.

En los capítulos siguientes (tercero y cuarto) plantea el autor que el objetivo final de este viaje interior, a través de un largo y a veces doloroso proceso, es la unión del consciente con el inconsciente, conseguir que el “sí mismo en estado latente” se conforme con el “sí mismo manifiesto”. Este proceso es, en esencia, el modelo espiritual propuesto por Jung. Naturalmente el lector puede desconfiar de un término como “espiritual”, polisémico donde los haya, pero el autor se ocupa de advertir al lector que el propio maestro suizo se encargó de conceptualizarlo y detallarlo de

manera contundente en su “fenomenología del espíritu en los cuentos de hadas” (p. 40).

El “sí mismo latente” sería una especie de caos en el que se mezclan complejos, arquetipos y “voces engañosas”, peligroso desde el punto de vista emocional, porque puede manifestarse e irrumpir con fuerza fuera del aparente orden del “sí mismo latente” y provocar trastornos de comportamiento. El caso más evidente y extremo sería el de los brotes psicóticos que experimentan algunas personas.

Así pues, el objetivo del proceso es el de “empoderar” al “sí-mismo”, de manera que sea quien controle siempre nuestro espíritu y, por tanto, nuestras acciones y decisiones. Este proceso incluye, según Jung, la actitud religiosa que no es sino “vivir con el ‘sí -mismo’” (p. 45). Se desarrolla, así, lo que Jung llamó la “función trascendente”, o sea, la capacidad del “sí-mismo” para incorporar la dualidad de los opuestos, de manera que nuestro interior recurra, por ejemplo, a lo masculino o a lo femenino, a la amabilidad o a la severidad, según la situación y circunstancia, con seguridad y sin temor. En nuestro mundo interior, además, moran imágenes y arquetipos que, con frecuencia, se hacen visibles en los sueños como “personificaciones”. Si el yo consciente, despierto, consigue contactar e interactuar de manera abierta con estas personificaciones (proceso que Jung definió como “imaginación activa”), podrá a continuación, mediante el “fortalecimiento voluntario de dicha experiencia”, determinar su significado.

Este procedimiento no es exclusivamente intelectual, sino que es primordial en él el sentido “experiencial” del acontecimiento o de la imagen, en un acercamiento puramente sensorial o de abandono. Se diría que en este punto Jung se acerca de manera sustancial a las propuestas de los místicos (recordemos, por ejemplo, a los *dexados* y alumbrados del siglo XVI español o a los maestros sufíes como Ibn ‘Arabi y sus estados marginales en los encuentros con las “figuras” interiores). De este modo, el proceso de encontrar al propio “sí-mismo” sigue un camino que es consustancial al proceso alquímico practicado durante siglos. La alquimia, como sabemos, pretende encontrar la piedra filosofal partiendo de la “materia prima”, sometiéndola a un largo proceso de calentamiento equilibrado y hermético que el alquimista observa siempre con impaciencia, pero sin intervenir nada más que para regular la potencia del fuego. El yo consciente, especularmente, esperará también con impaciencia que el proceso descrito de interacción de los contrarios llegue a buen puerto y pueda alcanzar el anhelado equilibrio.

En el capítulo tercero Raff reproduce, profusamente explicados, los quince emblemas del *Libro de Lamspring*, tratado sobre alquimia cuyo autor continúa sin ser conocido. Las descripciones e interpretaciones de Raff, naturalmente en clave alquímica, se presentan como un mundo de espíritus y energías que existe a un nivel más profundo que nuestro mundo cotidiano (p.128). Tratan, en esencia, del completo procedimiento que explica la referida confrontación entre el “sí-mismo latente” y el “sí-mismo manifiesto”, sobre sus enfrentamientos y su fusión, al fin. Esta fusión equivaldría, según Jung, a la tercera *coniunctio* alquímica, comparable al estado más elevado de cualquier tradición espiritual (p. 206).

En el capítulo cuarto el autor analiza, siempre en clave jungiana, uno de los libros más conocidos, fundacional para los “rosacruces”, *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* (1616), atribuido a Johannes Valentinus Andreae, teólogo alemán estudioso de la alquimia y del misticismo. Este libro se desarrolla a través de siete jornadas, como los días de la creación bíblica, y narra la historia del anciano Cristián Rosacruz (Christian Rosenkreutz) invitado por sorpresa a las bodas del rey y la reina en su castillo. El rey y la reina son dos personajes de una alegoría que aparece con frecuencia en el proceso alquímico y también, por ejemplo, en las cartas del tarot. La boda es el más claro ejemplo de la *coniunctio* alquímica, pero, como se nos informaba en capítulos precedentes, este proceso de unión no estará exento de obstáculos y de “aventuras”.

A partir de la jornada cuarta comienza la “verdadera” metamorfosis, pues, tras los agasajos y las ceremonias, los sirvientes portan seis ataúdes negros y los seis huéspedes reales, comenzando por el rey, mueren decapitados por un “gigante negro como el carbón”: “la decapitación, el primer paso del proceso alquímico de redención representaba la *mortificatio* y la *putrefactio* que a menudo seguían a la *coniunctio*” (p. 216). Esta “muerte para el mundo”, como en algunos rituales cristianos, será el comienzo de la transformación hacia una “nueva vida”. A partir de este momento, un apesadumbrado Christian será conducido por distintos paisajes hasta una torre (otro de los emblemas recurrentes) donde el alquimista deberá interiorizar sus experiencias y dotarlas de significado y que, en el correlato jungiano de “alquimia interior”, deberán integrarse a las visiones interiores con el mundo exterior.

Tras un largo proceso de reducción y de purificación por el fuego, aparecerán dos minúsculas figuras humanas (los *homunculi* de Paracelso) de extraordinaria belleza a las que habrá que alimentar con sangre para su rápido crecimiento: “los diminutos humanos surgidos de los moldes son la primera aparición del ‘sí-mismo’ en su nueva personificación” (p. 260).

En el capítulo final Raff vuelve a señalar los paralelismos entre el proceso alquímico y la transformación espiritual al indicar cómo muchos alquimistas hablan de la “naturaleza espiritual de la materia”. Con este fin cita y explica textos de la tradición alquímica como el *Centrum Naturae Contentratum*, publicado en alemán en 1682 y atribuido a Ali Puli, autor “arábigo” del mismo siglo; o a Robert Fludd (siglos XVI-XVII), médico y estudioso de la memoria y de la tradición esotérica; o el *Tratado áureo* de Hermes Trismegisto:

Según la alquimia espiritual, el cuerpo puede transmutarse mediante su unión con el espíritu y dicha transmutación tiene la indudable capacidad de crear el cuerpo de resurrección, el eterno cuerpo sutil con el que el poder de la muerte queda desbaratado para siempre (p. 288).

La alquimia clásica ha sufrido vilipendio, descrédito y negación a lo largo de los últimos siglos. El libro de Jeffrey Raff trata, a su manera, de rescatar una tradición que permanece en muchas de sus manifestaciones exteriores, como los símbolos y los emblemas, pero cuya potencial capacidad de introspección espiritual y de proyección terapéutica ha sido, según el autor, hasta ahora ignorada. El punto de vista adoptado, el de los paralelismos que Jung apuntó en su método de introspección, es sumamente interesante y enriquecedor. Además, la claridad expositiva, virtud no común a la mayoría de los tratados que versan sobre esta materia, y el equilibrio de la exégesis, que aproxima y encaja en el mundo del análisis interior, hacen que el lector supere de inmediato los prejuicios inherentes al peso del propio título de la obra y obtenga estímulos, descubra nuevas preguntas y se plantee dudas razonables.

Cora Requena Hidalgo  
 Universidad Complutense (España)  
 E-mail: [crequena@ucm.es](mailto:crequena@ucm.es)  
 ORCID: 0000-0002-3839-7344